



María Moreno
La merma
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Random House
2025
159 páginas

PALABRAS CLAVE: CUERPO — ESCRITURA — ACV — MARÍA MORENO
KEYWORDS: BODY — WRITING — CVA — MARÍA MORENO

Llena eres de gracia

Camila Alberola¹

Un ACV. Diagnósticos, puntos de vista, impresiones y expectativas. La clínica, el personal de salud, lxs pacientes y las dinámicas entre ellxs. Las sesiones de rehabilitación y lxs kinesiólogxs. La vuelta a casa y la nueva rutina. En *La merma*, María Moreno narra su propia experiencia con sagacidad, ingenio y picardía. El texto no sostiene un tono melodramático, no contiene un mensaje de superación personal ni busca conmiseración, más bien escarba –con gracia– en la vulnerabilidad del cuerpo y su repercusión en una escritura que, en vez de desistir, se las rebusca para seguir siendo.

La primera parte del libro se inaugura con la información precisa del episodio: “El 3 de julio de 2021 tuve un ataque cerebrovascular que me provocó

¹ Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Becaria doctoral de CIC (Comisión de Investigaciones Científicas, Provincia de Buenos Aires) en el CELEHIS, Facultad de Humanidades, UNMdP. Su proyecto de investigación se titula “Literatura y testimonio en María Moreno: una textualidad en contaminación”. Integra el grupo de investigación “Literatura, política y cambio”, dirigido por el Dr. Edgardo H. Berg, y codirigido por la Dra. Nancy Fernández. Contacto: cami.alberola@gmail.com

parálisis en el lado derecho del cuerpo, incluida la mano” (Moreno, 2025a: 15). A esa mano derecha que no se valoraba pero sí se usaba, se volverá para describirla exangüe, lívida y espasmódica, con propósitos estéticos –el tatuaje de una larga serpiente que vaya desde el brazo, una cobra cuya cabeza le ocupe la mano– o funcionales –prótesis–. Su inmovilidad trae la fantasía de *trashearla*, hacerla moderna, *queer*, e inhabilita la practicidad de escribir con las dos manos, los dos dedos, presionando fuerte las teclas y a gran velocidad, con el método adquirido en las redacciones de los años ochenta. Moreno estaba escribiendo sobre Lina Meruane cuando la mano derecha envía una alerta:

De pronto, una flojera suave, sin dolor, en la mano derecha y ya no pude seguir. Había experimentado algo así, en forma muy breve pero lo suficiente como para reconocerlo: un desmayo raro en plena conciencia. No podía hablar ni caminar, pero todavía no lo sabía. La mano izquierda insistía sobre el teclado como si, simplemente, se tratara de haber perdido el ritmo (23).

Con esfuerzo retoma la frase inconclusa, coloca el signo de pregunta final y pide ayuda, llama al hijo. En ese orden. La voluntad caprichosa da buen resultado: con esa misma insistencia del dedo pulgar de la mano izquierda escribe *La merma*. Desde la tapa, en la fotografía tomada por Sebastián Freire, esa mano es la que maniobra y conduce el movimiento desde una elevación y luminosidad que la resaltan, mientras la derecha permanece oculta entre las piernas.

A partir de la dedicatoria –la más extensa de sus publicaciones–, que incluye nombres propios y razones, le agradece a su red de contención que, de una u otra manera, supo acompañarla en las distintas instancias del “accidente”. Le siguen unas páginas que no introducen el tema principal, pero sí reconstruyen una primera persona que va en sintonía con la de *Black out: machona*, indiscreta, la mujer entre los varones, en andanzas nocturnas y trajines de redacción. De esa generación, “queda solo la mitad” (2025a: 12). Aun así, con la parálisis y el habla afectada –el trastorno se llama *disartria*–, adelanta un tono imponente y una voz que no perderá centralidad y hará que la enfermedad, los espacios y las personas, aparezcan, desaparezcan y vuelvan a aparecer con ripios y desvíos. Es la voz de una mujer gestada en la conversación del bar, cuando la censura vigilaba. Lo dijo explícitamente en la presentación del libro: “yo tengo el legado de mi voz anterior grabada antes de mi ACV”².

² El texto leído por la autora aparece publicado bajo el título “El sueño del pibe 2” en *Página 12*. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/839751-sueno-del-pibe-2>

La merma tiene cuatro apartados: “La ‘operación’”, “Basavilbazo”, “Un jardín” y “Biónica”. Cada uno está conformado por escritos breves: algunos sostienen continuidad narrativa, pero no es necesariamente una condición, hay otros sueltos que se podrían colocar en otra página sin alterar la comprensión lectora. Con ellos, la autora juega entre límites, cruza géneros discursivos –autobiografía, novela, ensayo– y disciplinas –literatura, periodismo–. De esto se regodea con lucidez también en sus redes sociales. En una publicación de Instagram del 14 de abril, la segunda que promociona esta novedad editorial, le escriben: “Genial!!! Pero qué onda? Ensayos???”; a lo que responde con dos comentarios: “ensayos mini”, seguido inmediatamente de “no perdón Es novela”. Podría ser uno, otro, o ambos; porque encorsetar su producción implica perder de vista su singularidad textual, las operatorias con las que contamina y pervierte los efectos y valores de cada modulación discursiva y disciplinar.

El uso de la mano izquierda trae cambios estilísticos respecto a la escritura previa al ACV. En “La ‘operación’” (13-46) se reflexiona de forma más amplia sobre esto:

No lo hago con las palabras que deseo; a estas las olvido fácilmente. Escribo las que son fruto de una negociación (16); Hay una distancia mental entre lo que pensaba haber escrito y lo que muestra la pantalla: letras comidas (casi siempre las vocales), palabras intercaladas. ‘Pintar’ un párrafo y ‘pegarlo’ puede tomarme un tiempo precioso (21); He renunciado a mis excesos barrocos y a mis enumeraciones caóticas rococó. He llegado a la síntesis por un déficit, no por voluntad (22); La parálisis despertó mi realismo (29); Mi demanda se vale de la síntesis por razones obvias. Estoy adaptándome a resumir (37-38).

Cuerpo y escritura están íntimamente imbricados, tanto que Moreno compara su intestino delgado extremadamente largo con las enumeraciones caóticas de cinco renglones que antes encerraba entre rayas de diálogo. El deterioro físico origina la superación de un estilo que comienza en medio del control lingüístico que impuso la dictadura cívico-militar en Argentina (1973-1983), lo que la lleva a desarrollar y ejercitar técnicas, procedimientos y estéticas que escapan de la lógica binaria y represiva, y que, al retornar la democracia, permanecen y se constituyen como su rasgo distintivo. Páginas después escribirá que esta es su verdadera pérdida (64). Si bien hay modificaciones en la forma –construcciones sintácticamente más ordenadas, simples y breves, descripciones precisas y un uso medido de citas y referencias–, permanecen relaciones y reflexiones muy lúcidas con un tono ácido y astuto. En esta parte también desarrolla los hitos de la enfermedad: el momento en el que se produce el ACV, cuando los camilleros la sacan de su departamento, el

recorrido y las vueltas en la ambulancia hasta que la aceptan en la Unidad de Cuidados Intensivos del sanatorio Güemes, y las primeras sesiones en la clínica de rehabilitación. Y sus secuelas: reconoce que el panorama es fatal y elabora un plan, “Operación”, para que miembros de Montoneros organicen y ejecuten su muerte.

En la segunda sección, “Basavilbazo” (47-105), aparece la internación, lxs médicxs, enfermeras y camilleros que la atienden, y lxs otrxs pacientes, sobrevivientes del COVID-19 en su mayoría. El cuerpo propio, postrado en una cama ortopédica, es descrito con crudeza, las dificultades son detalladas y se hace explícito el daño: traga con la ayuda del dedo índice, tiene picazón, espasmos y cólicos, usa pañal aunque a veces sienta la orina tibia entre las piernas, expulsa gases sin esfuerzo, se constipa, le realizan un tacto rectal y aplican un enema, entre otras situaciones. El cuerpo ajeno también es visto sin tapujos y desacralizado: piensa en la cantidad de caca que habría hecho y los olores que tendría Cristo en el camino hacia su crucifixión. El goce, lo escatológico y el dolor que Moreno leyó en “Cuerpo argentino” (2016), aparece en *La merma* con el propio cuerpo y ocupando un lugar preponderante. Este movimiento también fue adelantado en *Panfleto*: “no vale la pena entrar a la cultura sin nuestros cuerpos. Pero tampoco que los tratemos como si fueran almas” (2018: 75).

Su enfermedad se cruza con la de lxs otrxs. Los diagnósticos, reclamos, expectativas ajenas se mezclan con la propia y configuran una historia colectiva. El seguimiento también se orienta hacia las relaciones interpersonales que observa y escucha con mucha atención. En este sentido, aparece la misma curiosidad relatada en *Contramarcha*: la de una niña pendiente al chisme sobre lxs vecinxs, que para las orejas ante gritos, llantos y gemidos, que ayuda a su abuela, la encargada del conventillo del barrio de Once, repartiendo la correspondencia, labor que aprovecha para pispear remitentes y descifrar información privada. Efectivamente, “el conventillo se pega al ADN” (70), y ahora la autora se las ingenia para hacer un minucioso trabajo de campo con las conversaciones, risas y algarabía del *office* de la guardia, lo que comentan –o reprimen– sus compañeras de habitación, la frecuencia de las visitas de lxs familiares, con el objetivo de, mediante el método especulativo, asociar hechos y elaborar conclusiones. El chusmerío abarca un amplio abanico: palabras, miradas, tensiones, roces y relaciones sexuales.

A partir de “Un jardín” (107-120) aparece la vuelta a la casa. La pérdida de autonomía corporal trae la necesidad de asistencia constante de cuidadoras que se turnan cada ocho horas. Cuestiones básicas como elegir la ropa y vestirse, buscar el control remoto del televisor o un libro, apagar el aire acondicionado, cargar el celular, ya no se pueden realizar individualmente. La catarsis sobre estos “pequeños sucesos desgraciados” junto a la reacción impaciente y fastidiada de quienes convoca, trae dos recuerdos con corporeidades distintas a la convención social: la

impresión que genera conocer un cuerpo pequeño con la cabeza de mujer adulta dentro de un cochecito y la de un hombre que, sin brazos ni piernas, se sumerge en una fuente de agua. Estas imágenes dan el puntapié para la investigación sobre organismos con prótesis que se desplegará en la próxima y última sección, “Biónica” (121-157). Si el capitalismo reclama cuerpos simétricos y eficientes, Moreno piensa opciones para obedecer. Juega con la posibilidad de amputar el brazo y/o la pierna y colocar en su lugar prótesis que traigan funcionalidad a las zonas paralizadas. Estudia el caso de Sara, una *tiktoker* con mano biónica, incluye lo que le cuenta Frank, usuario de Instagram bajo el *nick* de “Manitas”, y una conversación telefónica – entrevista – con la nadadora María Inés Mato, que tiene una prótesis en la pierna izquierda. Aprovecha “las ventajas” de integrar el *colectivo disca*; es una voz autorizada para indagar en sus historias y darlas a conocer, además de dar testimonio sobre las violencias del capitalismo. Refiere al encuentro con Noelia, a quien llama porque es ex chonga y tiene un hermano que usa silla de ruedas. El cuerpo es puesto a prueba en una nueva dirección, en el goce con otro, en el que se exploran alternativas entre risas, mocos y lágrimas.

El último escenario es la calle, en la Marcha Federal del Orgullo Antifascista y Antirracista convocada para el 1 de febrero por el movimiento LGBTIQ+, el cuerpo político:

Y allí estaba yo, en mi silla de ruedas pos-ACV con la batería bien cargada, sus luces prendidas y a baja velocidad para no atropellar a nadie y creyéndome una parálitica subversiva [...] Yo nunca había sido una activista, tenía un cuerpo ensimismado y retraído. Me daba vergüenza cantar las consignas y pronto soltaba el resuello. Era de biblioteca y de recuerdos (153).

No es la primera vez que Moreno posa humildemente al comparar su ejercicio periodístico-intelectual con la militancia efectiva. En *Oración* (2018) destina un apartado, “Nota al pie” (141-154), a su propio recorrido, distante de las organizaciones armadas de los setenta, impregnado de existencialismo, psicoanálisis, estructuralismo, mujeres y deseo. En esta ocasión, detalla su contribución: fundó *Alfonsina, primer periódico para mujeres* en la vuelta a la democracia y participó del club privado Las Lunas y las Otras, primera asociación lesbofeminista en Argentina. Decide no mencionar que fue fundamental para idear y gestionar, junto a Paula Viturro y Marlene Wayar, *El Teje, primer periódico travesti latinoamericano*, ya que coordinó el Taller de Crónica Periodística que lo impulsó. Pero las personas de la marcha tienen memoria, reconocen su rol y se lo agradecen. Las muestras de cariño hacia ella, el goce de estar juntxs y darse afecto, impulsan su

emancipación: “Yo cantaba las consignas en voz bien alta, como no lo había hecho antes” (155).

“Merma” es un término que se utiliza en contextos comerciales, logísticos y productivos para referirse a la pérdida de productos o materia prima. Sus sinónimos, según la entrada de diccionario, son: mengua, disminución, decrecimiento, aminoración, menoscabo, detrimento, quebranto, perjuicio y decremento. La palabra es delicadamente precisa si consideramos que con sus libros la escritora-periodista “se gana el mazapán”. En *La merma* de Moreno se articulan las secuelas posteriores al ACV y una serie de decisiones: consciente del declive corporal y atenta a su criterio, destina esfuerzos con la exigencia justa a una recuperación física que, además de laboriosa, es poco rentable –el entrenamiento no es más que para una autonomía física elemental–. Después de todo, según leemos, caminar estaba ligado finalmente a pensar, a pasearse en círculo por el cuarto, a detenerse en la ventana, sentarse y escribir. Por esto es que, sumado a las intenciones de su testimonio, la autora no defiende una nostalgia, sino que expone la centralidad de un cuerpo cuya valencia radica en su exploración, en reconocer sus nuevas limitaciones. Se esfuerza por rehabilitar lo que genuinamente le importa: la capacidad de pensar, decir y, en especial, de escribir. Despliega estrategias porque “la escritura es una venganza que no cesa” (10-11): dicta frases mensurables a través del celular, memoriza, entrena el dedo índice de la mano izquierda. Alcanza el objetivo sigilosamente, con insistencia, sin infidencias al humor negro y el sarcasmo que caracterizan sus textos. La parálitica subversiva hace su gracia, escribe, y prolonga su legado: “Yo que pronto estaré magníficamente muerta de muerte decidida por mí en eutanasia o natural, si me descuido dejo al pueblo la silla que llaman eléctrica, a la rara Argentina mis libros, mis plantas y mis gatos” (156).